

LA PRUDENCIA COMO EL ARTE DE LAS BUENAS ACCIONES

MONOGRAFÍA

PRESENTADA POR:

JUAN CARLOS MARTINEZ SINISTERRA

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA

CEAD PALMIRA

2014

LA PRUDENCIA COMO EL ARTE DE LAS BUENAS ACCIONES

**MONOGRAFÍA PARA OBTENER EL TÍTULO
DE PROFESIONAL EN FILOSOFÍA**

PRESENTADA POR:

JUAN CARLOS MARTINEZ SINISTERRA

ASESOR: MAG.

WILDER YAMILSO MEDINA ROJAS

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA

CEAD PALMIRA

2014

AGRADECIMIENTOS

A mi familia e hijos. A todos mis amigos por su apoyo sincero.

Tabla de contenido

INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO I: LA PRUDENCIA Y LA DELIBERACIÓN DESDE LA ÉTICA NICOMACHEA.....	9
CAPÍTULO II: LA PRUDENCIA Y EL TÉRMINO MEDIO.....	24
CAPÍTULO III: LA PRUDENCIA POLÍTICA.....	29
CONCLUSIÓN	36
BIBLIOGRAFÍA.....	40

INTRODUCCIÓN

La presente monografía pretende abordar los libros *Ética Nicomáquea* y *Política* del autor estagirita Aristóteles. El interés reflexivo es definir y describir la noción de Prudencia a partir de la interpretación de algunos fragmentos de las dos obras en mención. El propósito de la interpretación de los fragmentos escogidos es tratar de evitar el caer en opiniones que aleje al lector del carácter filosófico de la propuesta aristotélica, como también el de conservar un acercamiento descriptivo sobre el tema a tratar y generar un momento de lectura reflexiva que abra el diálogo sobre el concepto de prudencia.

Uno de los temas centrales, que guía como eje los demás conceptos que surgen en la descripción y definición, es la Prudencia. El motivo de abordar este tema se debe a que, en la práctica reflexiva sobre la manera como se develan los deberes y su estricto cumplimiento en el mundo de lo moral social, siempre está presente como noción del bien proceder para alcanzar la felicidad. Un análisis filosófico-político sobre el concepto de Prudencia pone de manifiesto la relevancia de la concepción aristotélica a la filosofía contemporánea en su ámbito ético desde la prudencia como manifestación racional de las decisiones humanas para alcanzar la felicidad en todo acto de la vida diaria. Siendo la vida diaria un acto político como animal político, que por naturaleza impulsa las decisiones de bienestar individual y colectivo.

En el análisis filosófico-político que se describe a continuación se percibe en Aristóteles el desarrollo de un concepto de prudencia desde la acción misma de su manifestarse: en la acción política. Un concepto que no se queda en la sola definición, sino también que se detalla la manera como surge, procede y concreta su devenir racional y práctico. El olvido de este proceso dentro de la educación formativa y familiar en la modernidad ha deteriorado el pensamiento político de los gobernantes, legisladores y ciudadanos. Por ello, la relevancia de evidenciar la manera como se debe generar en el ser humano la precisión de lo que es prudencia, sino también, su acto propio en las decisiones de vida.

Este aporte reflexivo expuesto en esta monografía ha tomado una tarea interpretativa y argumentativa basada en las dos obras que al parecer se expone claramente y en detalle la manera como se muestra un hombre prudente. Estas dos obras tienen como característica la redacción aristotélica de presentar los conceptos de una manera sistemática en la que se establece una categoría de la que se desprende el concepto de prudencia, y éstos se los aborda haciendo referencia a definiciones sustanciales que hacen alusión a casos o ejemplos donde se muestran sus procedimientos y características para luego aportar una significación que lo diferencia de otros conceptos que hacen parte de la misma categoría, pero que sólo contribuyen desde su definición a establecer relaciones aclaratorias. Se trata de identificar, definir y asociar conceptos que configuran el concepto principal de este trabajo, a saber: La Prudencia.

Es por ello, que la presente interpretación describe y define conceptos tales como bueno, deliberación o razonamiento, objeto o fin, elección y voluntad, política y virtud. Y se hace con el

criterio de detallar el proceder del hombre prudente, tal como lo aborda Aristóteles para acercarse a una concepción práctica de Prudencia.

La intención de la reflexión de este trabajo fue en un inicio de interpretación el de definir el concepto de Prudencia, sin embargo, a medida que se va profundizando en la lectura de las dos obras, y en las consultas bibliográficas complementarias, se descubre en sí mismo que la intención es la descifrar un sistema ético que permita actuar de una forma justa y benévola. La experiencia de interpretación permitió conocer una fórmula de premisas que posibiliten en la vida diaria las acciones prudentes, que permiten estar atento a la toma de decisiones en la vida diaria.

Para compartir esta experiencia reflexiva y sensitiva de interpretación se organizó el trabajo en tres capítulos.

El primero titulado, La prudencia y la deliberación desde la Ética Nicomaquea, en la que hablaremos sobre el hombre prudente, y el proceso de deliberación en la toma de elecciones cuyo fin es el bien individual y el bien colectivo.

En el segundo capítulo, La prudencia y el término medio se expone el procedimiento de la deliberación del hombre prudente para actuar de manera correcta y acertada en la vida social.

Y el tercero, La prudencia política, se describe el escenario donde las buenas acciones éticas tienen sus resultados como ejemplo de comportamiento y conducta de los ciudadanos, los gobernantes y los legisladores.

Y, por último, se concluye sobre el concepto tratando de sintetizar el aporte ético y político de Aristóteles, relacionándolo con las ideas e imaginarios que como ciudadano se desea rectamente alcanzar como fin último.

CAPÍTULO I: LA PRUDENCIA Y LA DELIBERACIÓN DESDE LA ÉTICA NICOMAQUEA

Reflexionar en torno a la prudencia o phronesis desde la Ética a Nicómaco de Aristóteles, permite determinar lo que es ser prudente, no para saber qué es el bien (aghatón), sino para ser buenos, para proceder con buenas acciones. Una de las características que se encuentra en los textos de Aristóteles es su forma de abordar las definiciones, éstas son tomadas desde la acción de quien la realiza y las expone desde las diferentes concepciones que se daban en su tiempo, para luego inducir una definición general. Es desde esta manera como él concibe los conceptos, y como abordará la denotación de prudencia en el obrar del individuo:

Con relación a la prudencia, podremos comprenderla considerando cuáles son las personas que llamamos prudentes.

Lo propio del prudente parece ser el poder deliberar acertadamente sobre las cosas buenas y provechosas para él, no parcialmente, como cuáles son buenas para la salud o el vigor corporal, sino cuáles lo son para el bien vivir en general (Aristóteles, Ética Nicomaquea, 1141 a, p)

La prudencia es un término que se le concede a un individuo que, en su proceder en la vida, en sus actuaciones diarias, se orienta por el poder de la deliberación o de su capacidad de razonar. Teniendo en cuenta esta primera definición, se le valora como prudente en su acto de ejecutar la

racionalidad en su decisión o inclinación de intencionalidad para lo bueno o el bien. Sólo cuando se inclina, reflexiona desde lo racional, hacia un propósito que nace desde lo individual a lo general. A la prudencia vinculada con el poder de la deliberación, está el no pensar en abstracto sobre qué es lo bueno, sino el razonar sobre las cosas buenas y provechosas para el individuo. Para Aristóteles sólo podemos entender la prudencia con el proceder del prudente, y lo determina como un individuo dotado de la facultad de la razón. Esta distinción lo separa de los demás seres de la naturaleza. Su constitución y naturaleza racional le permite hacer diferencias, comparaciones, divergencias, contraposiciones y, dependiendo de su propósito o finalidad de su deliberación, elecciones.

La elección, la toma de decisiones, el optar acertadamente sobre las cosas, no se hace por capricho o por azar en el individuo prudente, sino que su proceder de escogencia, de inclinación o de decisión se lleva a cabo, regido y restringido, por condiciones y limitaciones que la razón exige en su proceso de alcanzar la plenitud de su actuación. La razón direccional, es una condición que inaugura la prudencia. Es propio de la razón, es su naturaleza, el de proceder de una forma que pretenda el bien o lo mejor, tanto en los actos de la vida diaria que tiendan a la elección como a la manera de ser o presentarse individualmente ante el mundo social. Y para alcanzar esa propiedad del prudente se requiere de la deliberación racional. Es decir, debe obedecer a la naturaleza de la razón por inclinarse a lo bueno o a lo mejor que el individuo puede alcanzar en el uso de la racionalidad. Y entonces, ¿cómo se logra esa deliberación racional?

Para comprender la prudencia se hace necesaria una definición vinculante con la deliberación, “deliberamos, entonces, sobre lo que está en nuestro poder y es realizable” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1112 a 32). Esta denotación aporta un detalle sobre el objeto al que el prudente delibera acertadamente, no se trata de hacerlo sobre cualquier cosa. En la vida diaria se delibera sobre algo, puesto que no se puede hacer sin un objeto determinado sobre el que recaiga la actividad del razonar o reflexionar acertadamente: “Quizás deba llamarse objeto de deliberación no aquello sobre lo cual podría deliberar un necio o un loco, sino aquello sobre lo que deliberaría un hombre de sano juicio” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1112 a 18, p). Así que quien es prudente lo es desde la cordura y una sana razón, alejado de la locura o la necedad. El margen de racionalidad que debe tener el prudente es un sano juicio.

La deliberación es un acto racional del sano juicio. Esta es una condición de partida, no se trata de caprichos, de sentimientos mezquinos o contradictorios, se trata de apuntar la razón sobre un objeto que se configura bajo premisas claras y concretas que permitan avanzar en su organización racionalizada, que den apertura de avance en la sistematización de premisas o proposiciones que hablan del objeto a razonar. Ese avance implica el tener un fin que oriente el deseo natural de la razón por pensar y actuar conforme a su devenir pensado.

El margen de racionalidad sobre lo que se delibera ha de ser concreto, específico y establecido, es decir, la deliberación del individuo prudente debe estar relacionada y determinada por un objeto o un fin sobre el que se delibera. El objeto de deliberación es aquello sobre lo que deliberaría un individuo de sano juicio, esto es, la sanidad del juicio depende del objeto sobre el

cual se delibera, debe existir una relación íntima entre la sanidad del juicio con el objeto deliberado, determinado por la razón misma. Quien delibera estará afectado profundamente por el objeto sobre el que delibera. Un individuo de sano juicio sólo deliberaría en lo que está en su poder, es decir, por aquello que la razón lo determina como objeto posible a intervenir, lo que es práctico: la acción; como también, lo que es realizable, esto es, aquello que produce un resultado intencionado: la alteración o la posibilidad.

Así que el acto de deliberación racional, o acto prudente, implica dos cosas, una que el objeto o tema sea claro, concreto y específico en su determinación racional, es decir, que el individuo tenga todas las variables definidas para abordarse, y segundo, que se tenga un fin o una intención de modificarse o generado bajo las condiciones que la razón dicte en su proceso reflexivo para que sea realizable. Se trata de dos condiciones dinámicas de la razón para ser prudentes.

Por lo tanto, la prudencia es el resultado de un deseo por intervenir desde la razón sobre aquellas circunstancias presentes con el propósito de alterar su orden o su sentido, con la firme intención racional de hacerlas distintas a lo que son. La prudencia será una acción de la razón para estipular o promover juicios que sean posibles, desde el individuo mismos, el realizarlos, que quien delibera sea capaz de mostrar en sus acciones el resultado de su acción racional. El fin del individuo prudente en su acción de deliberación será la de mostrar en su actuar el sano juicio de sus conocimientos, de sus facultades y de sus experiencias; será la de mostrar su capacidad de alterar el sentido o el orden del estado de las cosas sobre las que se delibera.

El prudente, entonces, conduce con sus juicios la capacidad de producir la realización de la cosa deliberada, el que la cosa se haga o se altere. El prudente sólo delibera sobre aquello que se puede alterar o cambiar. Aristóteles concibe que la deliberación racional, en la acción del prudente por reflexionar, inspeccionar o razonar lo que todavía no es pero que podría llegar a ser, se hace sobre aquello que ofrece la posibilidad de que sea o que no sea, es decir, sobre aquello que puede ser diferente debido a la intervención del individuo que la delibera racionalmente. Por lo tanto, el prudente delibera sobre lo venidero, lo posible y lo porvenir, no por lo pasado. Lo venidero, lo posible y lo porvenir es sobre lo que es bueno y conveniente para la vida.

La deliberación racional es un acto de prospectiva, no de adivinanza. Esto quiere decir que la razón parte de las variables concretas, específicas y claras del objeto a reflexionar con el propósito de combinar sus posibles escenarios que se ponen en juego al relacionarse, en procura de identificar las consecuencias o efectos posibles de sus influencias conjugadas, que generan mayor sentido de bien común, que determina lo que hay que hacer.

La acción del prudente, su deliberación racional, se hace sólo cuando hay la intención o deseo o propósito de obtener algo guiado por la racionalidad en un contexto determinado: hay que hacer tal o tal otra cosa. La prudencia será una intención por modificar o alterar un contexto en el que se exige optar por un vicio o una virtud. Será, entonces, la prudencia una parte de la razón por evaluar, valorar y resolver problemas de orden práctico cuya presencia o manifestación carece de claridad y determinación: se delibera racionalmente “acerca de las cosas que suceden la mayoría de las veces de cierta manera, pero cuyo desenlace no es claro y de aquellas en que es

indeterminado” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1112 b 8). Aristóteles señala una característica sobre el objeto en el que recae la deliberación racional, y es que la cosa a pensar o a deliberar su resultado no posee una claridad o determinación fija a la que apunte. Se trata de casos en dilema. Hay temas de la vida que poseen su respuesta clara y fija, porque se posee un método para determinar su resultado, por ejemplo, deliberar sobre el volumen de un cuerpo, su peso o su medida, se recurre a una medida o instrumento para determinarlo, sin embargo, para deliberar sobre el valor o el orden una acción, se carece de un método o procedimiento apropiado:

...el hombre es principio de las acciones, y la deliberación versa sobre lo que él mismo puede hacer, y las acciones se hacen a causa de otras cosas. El objeto de la deliberación entonces no es el fin, sino los medios que conducen al fin
(Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1112 b31).

La prudencia es un modo del ser en tanto saber hacer sobre un objeto, donde el objeto es la acción por lo bueno, y el saber es la destreza o habilidad racional de fijarse sobre el objeto, y el hacer es un hábito o costumbre de proceder o de actuar sobre aquello que delibera, haciendo de su acción prudente un criterio de buena actuación, es la medida ajustada de lo excelente: la prudencia. Por consiguiente, el fin de la prudencia es la acción, no el conocimiento, en tanto no se trata de conocer qué es lo bueno o lo malo, sino el de actuar con buenas acciones: “Así, la prudencia es necesariamente un hábito práctico verdadero, acompañado de razón, con relación a los bienes humanos” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1141 b).

El conocimiento de unas reglas generales y proceder desde éstas, no es la concepción que Aristóteles tiene de prudencia. En la actualidad la prudencia se la concibe desde los términos puramente instrumentales y se la relaciona con el ser cauteloso. Para Aristóteles, la prudencia es una especie de juego desde la incertidumbre, es desde lo frágil de una acción humana que se dirime en búsqueda de un fin conveniente como buena acción humana. Y esa conveniencia de la deliberación hacia un fin es lo que puede dar como equívoco una decisión o elección en la vida.

Entonces resultan los interrogantes que se desprenden sobre lo que se debe entender por prudencia: ¿cómo procede el individuo prudente para dirigir una elección? y ¿cómo valorar la acción de la deliberación y reconocer en ella una buena acción? Y estos se generan a partir de la relación entre los conceptos: deliberación, prudencia y buenas acciones. La relación está presente en lo concerniente a las buenas acciones que se esperan como producto de la prudencia: el objeto de toda deliberación son *los medios que conducen al fin*. Ser prudente es un modo de ser práctico respecto a lo que es una buena acción de la que no la es, es una acción que implica el tener en cuenta las circunstancias complejas y variantes de las acciones humanas para discriminar acertadamente la acción adecuada: *la acción que dé en el clavo*.

Con respecto al primer interrogante sobre la manera de proceder el individuo prudente para dirigir su elección, ésta debe ser determinada y regida por la razón:

Los razonamientos de orden práctico tienen un principio, por ejemplo: “puesto que tal es el fin, que es el mejor” sea cual fuere, y este fin no es aparente al hombre que no es bueno, porque la maldad nos pervierte y hace que nos engañemos en cuanto a los principios de la acción. De modo que es evidente que un hombre no puede ser prudente si no es bueno (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1144 a 33).

La elección está relacionada con la capacidad del individuo para optar por un determinado objeto, y este puede ser bueno o malo. Así que la voluntad humana funciona como una capacidad para elegir o para realizar una determinada acción dependiente de los motivos y circunstancias que a manera racional tome la decisión que mejor le parezca: “todo lo que uno hace estando en su poder hacerlo o no” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1135 a 23). Pero esta elección se hace desde la prudencia sólo si se es bueno, porque de lo contrario las elecciones son engañosas o pueden tener como consecuencias acciones perjudiciales para el que las genera como para los afectados.

Se hace necesario que se distinga entre voluntad y elección con el propósito de definir el proceso de hacerse prudente. En la obra *Ética Nicomáquea* se diferencia un acto de voluntad por espontaneidad y los realizados por elección de la deliberación racional. La diferencia radica en que los actos voluntarios de elección deliberada se rigen por la razón, mientras que los actos espontáneos se toman por pasiones naturales de los hombres:

Cuando se obra a sabiendas, pero no de un modo deliberado, se comete una acción injusta, por ejemplo, a impulsos de la ira o de las demás pasiones que son inevitables o naturales en el hombre. Cuando los hombres comenten esta clase de daños y de equivocaciones, obran injustamente y aquellas son injusticias, pero los autores no son por ello injustos ni malos, porque el daño no tiene causa la maldad; pero si los hacen proponiéndoselos, son injustos y malos (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1135 b 20-26).

La condición del actuar de la voluntad sin tener en cuenta la deliberación o la racionalidad se denominarán un acto apasionado o por impulso, sin que su decisión determine al individuo que realiza un juicio en los calificativos de injusto o malo, sólo siempre en cuanto su decisión no haya sido intencional. Es decir, las decisiones o acciones en sí mismas serán beneficiosas o perjudiciales, mientras que los calificativos despectivos de malo o injusto obtendrán su sentido al aplicarlos a los individuos cuyas elecciones lo hayan realizado con la intencionalidad de dañar o producir injusticia.

Para Aristóteles, a pesar de que la elección se asimile a la voluntad, la voluntad posee una extensión mayor, debido a que se puede querer cosas fuera de nuestro alcance o imposibles; la elección, en cambio, es una voluntad restringida por la razón que limita los objetos posibles abiertos al deseo. Se trata de una coordinación entre lo que desea la voluntad y la deliberación racional, en tanto que la voluntad debe regirse por el fin, que es el bien, deseado por la razón, para que pueda ser llevado a cabo en la elección de actuar bajo una acción prudente:

El hombre bueno, en efecto, juzga bien todas las cosas, y en todas ellas se le muestra la verdad. Pues, para cada modo de ser, hay cosas bellas y agradables, y sin duda, en lo que más se distingue el hombre bueno es en ver la verdad en todas las cosas, siendo como el canon y la medida de ellas (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1113 a 29-32).

Los individuos que no cuentan con una deliberación racional que determine la elección de una acción que se lleve a cabo en la vida diaria no podrán elegir cosas buenas. La elección es una deliberación racional de lo que es bueno, y en el caso de haber varias opciones, en desear lo que es lo mejor para todos. Se trata de un proceder práctico, obtenido por experiencia de vida, un hombre bueno puede saber con prontitud cuál es el bien buscado y cuál es el medio apropiado para obtenerlo. Aristóteles recarga a la razón toda la dirección de la elección de la prudencia, no como un conocimiento sobre qué es lo bueno o malo, sino la manera como se presentan los objetos a decidir o a elegir: se presentan como contrarios.

El aprender a proceder prudentemente en la vida se gana por la experiencia de percibirla en contrarios. Un modo de proceder se hace posible cuando “se conozca por su contrario, pero muchas veces también se conocen los modos de ser por las cosas en las cuales se dan” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1129 a 16-18). Así que de dos maneras se logra alcanzar una acertada elección, una por dirigir la deliberación a través de la identificación del objeto en contrarios para establecer su medio, y otra, por las actitudes o modos de ser del individuo al tomar una elección, es decir, si un individuo es criado en acciones justas, moderadas, nobles,

equitativas, templadas y correctas, sus procederres prudentes serán del mismo orden porque siempre buscará aquello que es su fin. El trabajo alternado en tanto que la razón perciba las acciones humanas en contrarios hará que fácilmente se pueda deliberar al percibir el objeto en su expresión de contrarios, en vicios extremos, y proceda acertadamente a buscar su medio; como también, acostumbrarla a experiencias de vida en la que se ambiente el modo de ser en acciones buenas, nobles y sanas. Por consiguiente, la elección y la deliberación tienen en común el buscar un fin, su diferencia radicaría en que se elige lo que la deliberación racional ha determinado: “el objeto de la deliberación es el mismo que el de la elección, excepto si el de la elección está ya determinado, ya que se elige lo que se ha decidido después de la deliberación” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1113 a 4-8).

La razón es la que gobierna al determinar el fin a alcanzar y la prudencia hace de rector al elegir el modo o el medio como la razón ha de adquirir el justo medio, esto es, el poder hacer las cosas de la mejor manera posible para la dignidad humana. La razón procede orientada hacia un fin, esto es, la razón está relacionada con los medios para alcanzar un fin determinado; la razón no diseña ni crea un fin, puesto que ésta por sí misma nada mueve, sino que se orienta a un fin y se hace práctica, y ese fin le es natural al ser humano, como lo es el bien y “el bien es aquello a que todas las cosas tienden” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 109 a 3). Por lo tanto, toda deliberación se hace prudente en tanto se orienta a la razón a un fin, al bien, y se hace deseable porque se devela a la razón y ésta decide sobre lo deseado; la razón descubre las acciones más adecuadas para alcanzar como fin último al que todos aspiran, y al alcanzarla el individuo se

relaciona con su propia racionalidad, y experimentará su plena realización de vida humana en cuanto se encuentra en sí mismo, contemplándose, en la prudencia.

Aristóteles define que la elección de una deliberación racional o de un acto prudente no sólo va ligado a alcanzar un fin (el bien), sino también a su medio, en tanto el medio es parte constituyente del fin, no es un mero medio sino también un fin.

Por otra parte el deseo se refiere más bien al fin, la elección a los medios conducentes al fin: así deseamos estar sanos, pero elegimos los medios mediante los cuales podemos alcanzar la salud, y deseamos ser felices y así lo decimos, pero no podemos decir que elegimos serlo, porque la elección, en general, parece referirse a cosas que dependen de nosotros (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1111 b 26-30).

El proceder del individuo prudente para dirigir su elección es tender toda acción a algún medio que conduzca al bien, y esto se logrará si previamente ha generado momentos de deliberación que conduzcan a una acción acertada que será el mismo fin, la acción misma será el medio que conduce a un fin apropiado para la satisfacción de la deliberación individual y para aquellos que se verán afectados por la elección. Del primer interrogante se desprende el segundo interrogante, sobre cómo valorar la acción de la deliberación y reconocerla como buena acción.

La tarea de la razón en el proceso de deliberación consiste en un proceso de análisis que luego se aplica en la acción, esto es, la deliberación actúa dentro de dos límites, a saber, el primero, inicia cuando el individuo parte de asumir un fin y delibera acerca de los medios apropiados para alcanzar tal fin; el segundo, termina con una elección que debe ser reconocida por la percepción sensible inmediatamente o por la praxis racional. Aristóteles reconoce que la prudencia implica una actividad mental mediante la cual y como consecuencia de la deliberación, motivada por la voluntad, el individuo elige aquella acción que se le presenta como la mejor.

La elección sea la acertada o buena, depende del razonamiento, si este es verdadero y corresponde a un deseo recto. Esta condición se encuentra en Aristóteles al valorar la deliberación como “la reflexión de por sí no pone nada en movimiento, sino la reflexión orientada a un fin y práctica” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1139 a 35). La razón no solo delibera, sino que también decide haciendo práctica sus deliberaciones. Y es en la práctica que se reconoce si una elección es correcta, si la deliberación es prudente. Es a través del reconocimiento de la bondad o la maldad en los actos que se hace posible la valoración de una correcta elección y deliberación racional: “una disposición racional verdadera y práctica respecto de lo que es bueno y malo para el hombre” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1140 b 4-5). La prudencia sólo se hace perceptible no en el ejercicio de pensar qué es bueno o qué es malo, sino por el hábito de deliberar bien, y el que mejor delibera es el que se exige elegir “la consecución del mayor bien práctico para el hombre” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1141 b 12-14).

El habituarse a deliberar bien en el diario vivir, en la toma de decisiones sociales y morales, se requiere de una habilidad. La habilidad es concebida como la capacidad humana que conduce hacia la obtención del fin propuesto, es decir, esta capacidad puede conducir a algo bueno o malo, sin que la habilidad en sí misma sea buena o mala; lo que propone Aristóteles es que se llega a ser prudente en la sucesiva repetición de actos de bondad que conduzca a la creación de hábitos que capaciten al individuo a obrar rectamente y sin dificultad para deliberar correctamente. Así que la habilidad debe estar acompañada de bondad, debido a que es “imposible ser prudente no siendo bueno” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1144 a 35-36), y esa bondad lo que permitirá es que la habilidad logre un determinado fin que sea bueno. La habilidad será, entonces, una destreza que permite la formación de la prudencia. Y la bondad será, por consiguiente, el fin que se proponga en toda deliberación.

Las dos condiciones necesarias para acciones prudentes serán la habilidad y la bondad; sin embargo, es la bondad una condición para obtener una recta elección, o está o no está presente en toda deliberación, porque su presencia deberá ser fáctica en la acción, y esa condición se hace necesaria y suficiente para ser prudente. Aristóteles afirma que “no es posible ser bueno en sentido estricto sin prudencia ni prudente sin virtud moral” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1144 b 31-32), aunque en un pasaje más adelante se afirma que “con solo poseer la prudencia [...] tendrá todas las demás virtudes” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1145 a 1-2). Estas dos afirmaciones un poco de circulares, permite pensar que la prudencia no es una virtud en sí misma, sino la base de las demás virtudes. La llave de la excelencia moral será el ser prudente, y con la acción de serlo se conduce a las demás virtudes.

En este sentido valorar la acción de la deliberación racional y reconocerla como buena acción se hace desde un esquema que parte del desear a través de la razón un fin y cuya elección puede ser valorada como buena o mala en cuanto que exista una correspondencia del deseo con la razón, de tal manera que “el razonamiento tiene que ser verdadero y el deseo recto para que la elección sea buena, y tiene que ser lo mismo lo que la razón diga y lo que el deseo persiga” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1139 a 23-2). Una elección puede ser mala siempre en cuando la deliberación o razonamiento no sea correcto en relación con el fin perseguido y que el deseo no sea recto, como también, que el razonamiento y el deseo no tengan por objetivo un mismo fin.

En una elección prudente se debe tener en cuenta que un deseo recto es aquel que, asumido desde la razón, aspira la consecución de un bien, y una razón verdadera es aquella que calcula los medios más eficaces y mejores para lograr ese bien deseado. Por ello, Aristóteles afirma que “el que delibera bien absolutamente hablando es el que se propone como blanco de sus cálculos la consecución del mayor bien práctico para el hombre” (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1145 a 12-14).

CAPÍTULO II: LA PRUDENCIA Y EL TÉRMINO MEDIO

Como analizamos en el capítulo anterior la prudencia sólo se puede develar en las acciones misma de los individuos prudentes, y se determinó que Aristóteles en la *Ética Nicomáquea* define a un hombre prudente en tanto que delibera acerca de lo que puede realizar y elige lo que va a hacer, por consecuencia, su acción está determinada por sus posibilidades de realización y no en imaginarios o lo que no pueda realizar. Y su objetivo es buscar el bien, tanto el personal como el general, su acción será aplicable en lo práctico tanto para lo individual como para la comunidad, lo que importa en últimas es que el individuo prudente sepa dar soluciones justas en el momento que se necesite su intervención. Un elemento relevante del hombre prudente es deliberar razonablemente, es decir, sin apresurarse y sin imprudencias. El hombre prudente delibera su deseo guiado por la rectitud de la razón en búsqueda de los medios útiles y prácticos que le permitan alcanzar un fin bueno y verdadero:

... si el deliberar rectamente es propio de los prudentes, la buena deliberación será una rectitud conforme a lo conveniente, con relación a un fin cuya prudencia es verdadero juicio (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1144 b 31-33).

En este capítulo se reflexionará sobre la toma de elecciones deliberadas o razonadas que producen acciones buenas, optando por el mejor camino alejado de los excesos y los defectos, en

tanto mantiene un término medio que permite elegir lo más conveniente para el individuo o la comunidad:

Llamo término medio a una cosa al que dista lo mismo de ambos extremos, y éste es uno y el mismo para todos; y en relación con nosotros, al que ni excede ni se queda corto, y éste no es ni uno ni el mismo para todos (Aristóteles, Ética Nicomaquea, 1106 b 27-31).

El término medio será el dominio de las pasiones en la razón, que con habilidad más bondad ayudan a controlar las elecciones para no caer en excesos ni los defectos humanos. En cuestión de lo ético la prudencia es una virtud que se adquiere por hábito o por costumbre, es decir, necesita ser aprendida y ejercitada en el contexto cultural de la comunidad donde el hombre prudente interactúa:

Ahora la virtud tiene que ver con las pasiones y acciones, en las cuales el exceso y defecto yerran son censurados, mientras que el término medio es elogiado y acierta; y ambas cosas son propias de la virtud. La virtud entonces es un término medio, o al menos tiende al medio todos (Aristóteles, Ética Nicomáquea, 1106 b 25-30).

Se requiere de habilidad en la toma de decisiones para abstenerse de elecciones que conducen a los excesos y defectos, y esa es una de las características del hombre prudente, el determinar la acción a realizar en el sentido de si es la mejor con respecto a los extremos, porque para el hombre prudente lo bueno siempre será buscado y lo malo será evitado y censurado.

La prudencia como virtud es un hábito en tanto si se hace actos justos ejerciendo la justicia y practicándola constantemente, obtendrá su sustento práctico de experiencia deliberada. La prudencia se practica y sólo el hábito hará al hombre un ser virtuoso. Y esta concepción de la prudencia es un llamado a identificar y a desconfiar de un tipo de individuo que, valiéndose de justificaciones teóricas u oratorias sin sustento práctico, se muestra como virtuoso:

Pero la mayoría no ejerce cosas, sino que, refugiándose en la teoría, creen filosofar y poder, así ser hombres virtuosos; se comportan como los enfermos que escuchan con atención a los médicos, pero no hacen nada de lo que les prescriben. Y, así como estos pacientes no sanarán del cuerpo con tal tratamiento, tampoco aquéllos sanarán el alma con tal filosofía (Aristóteles, *Ética Nicomachea*, 1109 a 1-4).

Una de las fórmulas éticas para habituarse en elecciones correctas o acertadas sobre el comportamiento de los hombres se denomina término medio, y la práctica de este método para poder sanamente juzgar o medir los comportamientos de los individuos en sus acciones elegidas,

consiste en comparaciones entre extremos sobre los cuales los modos de ser o temperamentos humanos tienden por inclinación, por formación o por tendencia.

El término medio es uno de los principales métodos de sano juicio que dirigido por la recta razón determina la elección de un buen proceder o de una acción buena. Y es una tarea ética del hombre prudente que al deliberar sobre las acciones y los modos de hacerlas debe contar con una fórmula que le facilite su determinación de elegir una acción buena, para lograrlo requiere un método racional que le mantenga alejado de todo exceso y defecto, o de lo más opuesto, que lo mantenga en la mejor situación de vida con respecto a lo que busca.

Como primera premisa del método es el estar alejado de los excesos y defectos, y como segunda premisa, el tener en consideración aquellas cosas que producen mucho placer, debido a que estas cosas hacen confusa la deliberación e impide juzgar rectamente. El término medio no es un punto medio entre dos opuestos, sino en relación con quien lleva a cabo una acción:

Es, por tanto, la virtud un hábito selectivo que consiste en un término medio relativo a nosotros determinado por la razón y por aquella por la cual decidiría el hombre prudente (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1106 b 35).

El término medio es relativo a nosotros cuando se tiene en cuenta las características propias del individuo particular que actúa, es decir, se trata de elegir dependiendo del contexto en el que se requiere la elección, entonces, el término medio varía según la situación en la que cada individuo se enfrenta o se halla. Por lo tanto, el término medio es una determinación racional que guía toda acción, en cuanto que permite resaltar en la acción la característica de ser un acto deliberado por la razón, esto es, el término medio fija pautas o formas para actuar prudentemente guiando el modo de ser del individuo que toma una elección como también el contexto en el que se halla.

El individuo es responsable de sus elecciones deliberadas, sea que devengan de su modo de ser o del contexto que toma para determinar los medios para alcanzar un fin. El término medio sirve para evaluar en la deliberación el fin del deseo recto que se tiene que elegir, si como resultado de la deliberación se tiene como producto un término medio, se pasa a elegir los medios que mejor conduzca a lograrlo, ahora si en la deliberación la acción no tiene como objeto un término medio, se debe reflexionar sobre si la acción es de por sí mala, y, por consiguiente, no debe ser elegida acción correcta.

En caso concreto la deliberación acertada de un hombre prudente se pone en juego en una situación o ambiente que no se puede descuidar, teniendo en cuenta que en éste se organiza la vida en común, en el que las necesidades se ponen en común: la política.

CAPITULO III: LA PRUDENCIA POLÍTICA

El concepto de política en Aristóteles es un saber práctico que entra en contacto con lo singular, con el modo de ser del hombre prudente. En el comienzo de la *Ética Nicomáquea*, Aristóteles sostiene que la ciencia superior y eminentemente directa que estudia el fin principal al que se tiende la deliberación, es la política, siendo “el objeto de nuestra investigación una cierta disciplina política” (Aristóteles, *Ética Nicomáquea*, 1181 b 15-16). Hablar de temas éticos en principio se está tratando sobre la política.

La reflexión ética de Aristóteles tiene como objetivo la forma como la deliberación de la recta razón elige el medio correcto para la acción buena, y ésta se da siempre en el ámbito de las situaciones sociales. En la obra *Política*, Aristóteles hace derivar de la prudencia todas las ocupaciones del político, cuando éste delibera sobre cuál es el mejor régimen en términos absolutos, dadas las circunstancias y bajo ciertas condiciones, y cuando delibera sobre las mejores leyes y las más adecuadas y correctas para los regímenes existentes. La prudencia política está destinada a unos cuantos, en especial a los gobernantes y los legisladores, y está fuera del alcance del simple ciudadano, esto lo afirma Aristóteles cuando hace referencia a la virtud: “las demás parecen necesariamente comunes a gobernantes y a gobernados, pero en el gobernado no es virtud la prudencia, sino la opinión verdadera” (Aristóteles, *Política*, 1277, b 25).

En el gobernante es indispensable la prudencia para su vida política, y requiere de gran experiencia para no ser arrastrado por decisiones extremas y defectuosas:

Por esta razón, el joven no es discípulo apropiado para la política, ya que no tiene experiencia de las acciones de la vida, los razonamientos se apoyan en ellas y sobre ellas versa; además, por dejarse llevar por sus sentimientos, aprenderá en vano y sin provecho, puesto que el fin de la política no es el conocimiento sino la acción; y es indiferente que sea joven de edad o de carácter, puesto el defecto no esté en el tiempo, sino en vivir y procurar todas las cosas de acuerdo con la pasión (Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, 1095 a 2-9).

El interés de Aristóteles es el de determinar que tanto la política como la ética están entrelazados debido a que ambas apuntan al bien, la política al bien general y la ética al bien particular, sin embargo, el bien particular requiere del contexto o situación de lo social para poner en escena su accionar, para demostrar el valor correcto de su elección en la interacción con los otros que es la ciudad. Y es en el espacio de la ciudad en el que se procura que los fines sean alcanzados por cada individuo. Sólo en la ciudad se puede alcanzar la acción de bondad o la acción correcta. La ciudad se constituye en el escenario en que las acciones se muestran como buenas o malas:

Puesto que vemos que toda ciudad es una cierta comunidad y que toda comunidad está constituida con miras a algún bien, es evidente que todas tienden a un cierto bien, pero sobre todo tienden al supremo, la soberana entre todas y que incluye a todas las demás. Esta es la llamada ciudad o comunidad cívica” (Aristóteles, Política, 1252 a 1).

El bien que persigue la política a través de la prudencia de los gobernantes y de los legisladores de la ciudad es la justicia, tal como lo afirma Aristóteles: “El bien político es la justicia, es decir, lo conveniente para la comunidad” (Aristóteles, Política, 1282 b 12). La política es acción y la realidad de su accionar es en la ciudad, es ahí donde el fin de la política expresa sus resultados, si el accionar del gobernante y del legislador se hace desde la deliberación razonada, el resultado será favorable para la comunidad, si la acción es mala el resultado será negativo.

El actuar con prudencia en la política de sus gobernantes y legisladores se manifiesta en las acciones de los ciudadanos, en tanto el gobernante procura los medios correctos para que, en sus elecciones o decisiones de leyes o normas, los ciudadanos encuentren principios de actuación justas que los alejen de los extremos y defectos de las pasiones, sentimientos, emociones o imaginarios, que no les permiten ser virtuosos. Esto quiere decir que la prudencia política debe procurar en sus decisiones los medios para que los ciudadanos sean felices, que lleven los medios procurados a la práctica. Y una de las formas prudentes de conseguir que los ciudadanos logren ser virtuosos será la educación, y esta se constituye en una acción política prudente.

Aristóteles define ciudadano de la siguiente manera:

Ciudadano en general es el que participa del gobernar y del ser gobernado; en cada régimen es distinto, pero en el mejor es el que puede elegir obedecer y mandar con miras a una vida conforme la virtud (Aristóteles, Política, 1284, 12).

En el mejor de los casos de regímenes políticos es el que ofrece espacios de elección de fines de acciones buenas, porque no se puede esperar de manera ingenua que todos los ciudadanos sean buenos por naturaleza y por consecuencia sean útiles y correctos en sus actuaciones frente a la comunidad o sociedad. Por lo tanto, al no ser buenos por naturaleza se requiere que se tomen acciones políticas para formar buenos ciudadanos, y es a través de la educación que se debe fomentar normas de conducta y de comportamiento permisibles y no permisibles en la interacción social.

Sólo a través de la prudencia política de los gobernantes y legisladores, expresada en las normas o leyes, se tiene la posibilidad de cuidar, administrar y garantizar una educación que forme hombres virtuosos, capaces de actuar deliberadamente, apuntando a fines de bienestar común que estén acordes a un término medio. El papel del legislador y del gobernante será el de investigar sobre la virtud y la maldad de la ciudad o nación a la que pertenece, es decir, el de ocuparse de asuntos públicos para procurar que los ciudadanos sean buenos y justos:

En cambio, todos los que se preocupan por una buena legislación indagan sobre la virtud y la maldad cívicas. Así es evidente que para la ciudad que verdaderamente sea considerada como tal, y no sólo de nombre, debe ser objeto de preocupación la virtud (Aristóteles, Política, 1280 b 8).

Para Aristóteles las leyes están expresamente en relación con la virtud deseada para los ciudadanos, por ello la virtud del ciudadano depende de las leyes de la ciudad, éstas serán la acción buena de la prudencia política, de lo contrario si el fin de la deliberación de los legisladores no es el bien y la felicidad, la ciudad no tendrá muchos hombres buenos ni virtuosos, y por lo tanto, estará condenada a tener vicios, a estar desanimada de las leyes que los gobierna, a estar desconfiados de los procesos o medios de adquirir justicia o bienestar, y por consiguiente, el fin de la ciudad no se cumplirá.

La Ley deberá ser una acción que exprese la benevolencia y el bienestar que se espera de los ciudadanos, deberá ser formativa, que invite a la deliberación de deseos rectos y de acciones realizables para bien común y particular. El ciudadano desde temprana edad deberá ser guiado por un sistema de normas que desarrollen expresiones o elecciones correctas, que hagan parte de su diario vivir, en tanto las siente que surgen de su naturaleza racional, como sí él mismo fuera su propio artífice, porque lo invitan a percibir que lo alejan de los extremos o vicios de las acciones malas o degenerativas de su bienestar.

Por ello, Aristóteles no hace que recaiga toda la educación sobre las leyes, sino también sobre la familia, en tanto que esta forma parte de la ciudad en su compromiso ineludible en la formación de sus hijos. La familia es la primera organización o institución en la que el individuo aprende, desde las acciones de los sujetos que la integra, las reglas de comportamiento y la manera de proceder en la elección de sus fines:

Porque, así como en las ciudades tienen fuerza las leyes y las costumbres, así también en la casa prevalecen las palabras y las costumbres del padre, y más aún a causa del parentesco y de los servicios, pues los hijos por naturaleza están predispuestos al amor y a la obediencia a los padres (Aristóteles, Política, 1180 4-8).

En este marco de una ciudad educada en leyes que promueven acciones benévolas, es decir, que a través de las leyes hace buenos a los ciudadanos, se puede inferir que no todos los ciudadanos podrán asumir el compromiso de legislar, en tanto que producir leyes es una cuestión de prudencia:

Pues si el que manda no es prudente y justo, ¿cómo va a mandar bien? Si no lo es el que obedece, ¿cómo obedecerá bien? El que es intemperante y cobarde no hará nada de lo que debe (Aristóteles, Política, 1260 a 9-11).

La posición ética de Aristóteles referente al político es de poseer un dominio racional de sus deseos, que luego pasarán a un análisis previo por la razón sobre los datos indagados de su ciudad, para después escoger el medio adecuado que permita el resultado más acorde a la situación social y al modo de ser de los ciudadanos. Y es la prudencia del político que se espera practique al elegir una acción moral o legal que determina una conducta y comportamiento a obedecer:

Y en cuanto al gobernante y al rey, cuando un hombre ejerce solo el poder, es rey; pero cuando, según las normas de la ciencia política, alternativamente manda y obedece es gobernante (Aristóteles, Política, 1252 a 2-3).

La prudencia es útil para la política en tanto “la prudencia tiene por objeto lo que es justo, honroso y bueno para el hombre” (Aristóteles, Ética Nicomaquea, 1143 b 20-21). Así que obedecer a quien actúa con prudencia es como se obedece al médico sin la necesidad de aprender esa disciplina y obtener la salud deseada, basta con obedecer a quien posee la prudencia sin que el individuo la posea. Es a través de acciones políticas devenidas de la deliberación del hombre prudente que se puede conseguir o alcanzar un bien común, es decir, una vida política. Un bien común o vida política consiste una vida buena y feliz, en tanto, el individuo puede conseguir y actuar en desarrollo de sus plenas potencialidades humanas y la culminación de sus aspiraciones, que el hecho de vivir no sea la supervivencia, sino el alcanzar una vida perfecta y suficiente. Esta será la dimensión ética de la vida: la política.

CONCLUSIÓN

En la propuesta ética de Aristóteles, tanto en la *Ética Nicomáquea* y *Política*, se basa un ejercicio agudo de la razón en la toma de decisiones de la vida práctica. La preocupación reflexiva de poner en claro que toda elección que apunte a un bien común o individual sobre los comportamientos, actitudes, tendencias o deseos humanos deben ser en primera medida realizables y acertadas. La ética no es sólo un proceso racional que parte del deseo recto que despierta a la razón, disertación, en la toma de decisiones diarias que busca un fin a través de un justo medio, que se expresará en la obtención de un valor, sentimiento o actitud benevolente y de felicidad del ser humano, sino también una práctica de usar los medios y los fines que apuntan al bien. No se trata de aprender ética recitando manuales, principios o tomando posiciones físicas de recta conducta, se trata de educarse en el modo de ser, de formarse en la práctica de elegir racionalmente, con medios y fines rectos, las acciones buenas que potencias las disposiciones naturales del ser humano. Se trata de pensar-actuar prudentemente bajo acciones que generan otros sentidos y miradas sobre las relaciones humanas, sus interacciones sociales y las costumbres culturales, que permitan la formación de seres humanos capaces de habituarse a las buenas costumbres y actitudes que promueven el alcance de los deseos particulares y generales que se alejan de los contrarios o extremos pasionales e irracionales de los defectos y vicios humanos, acercándose a aquello que potencia su felicidad.

La propuesta ética en la educación es la de crear espacios familiares, comunitarios y legales que permitan acciones prudentes, y es a través del ejemplo, como lo plantea Aristóteles en

sus dos obras *Ética a Nicomaquea* y *Política*, que se asume las acciones buenas. La prudencia se la conoce por la observación de quienes la practican, son los hombres prudentes quienes deliberan rectamente sobre lo que es bueno y conveniente para sí y la comunidad, y con su ejemplo de acción determinan el éxito en sus vidas y de quienes están a su alrededor, es por su acción bien hecha lo que lo califica como moderado y satisfecho. Por ello, se hace necesario una educación que determine unos lineamientos de contenidos prácticos, que aquello que se enseña se configure en estudio de casos, por problemas o juego de roles, que permita la deliberación entre participantes para que puedan deliberar apuntando a un fin individual y común dentro de un contexto social e histórico para alcanzar una acción buena y satisfactoria.

La ética Aristotélica no es un ideal o una contemplación conceptual, es un llamado a la acción, a la praxis de buenas prácticas de razonamiento social y legal. Por ello, la política será la expresión suprema de las acciones deliberadas del bien individual y el bien común, denominadas ética. La prudencia, o mejor dicho, el hombre prudente de una sociedad determinada se mostrarán abiertamente, al juicio o admiración social, en el ámbito de la política: la ciudad. Será en este espacio donde se evaluará y se valorará el tipo de formación y educación recibida sea por ciudadano de a pie, el gobernante y sus legisladores, que los potencia a demostrar en sus actos de vida la capacidad de establecer relaciones y alcanzar fines tendientes al bien vivir y la satisfacción de hacerlo. Si no es así, encontraremos unos cuantos hombres prudentes que luchan aisladamente, sin ser reconocidos por sus buenas acciones, y juzgados como inciertos y poco acertados en sus acciones, porque la mayoría proceden por pasiones y defectos, que, al ser constante en la población, se los consideran normales y rectos.

La prudencia política es una acción, es un comportamiento que debería ser un constante en el comportamiento y aptitud de los hombres, que debería estar presente desde el nacimiento de cada individuo, en su familia, comunidad, educación y legislación, en tanto encontrará espacios en los que cabe el equilibrio en las decisiones de sus gobernantes y legisladores, haciendo de éstas el ejemplo a seguir para el ordenamiento de la ciudad hacia una meta superior de la convivencia y la satisfacción de vivir, e identificable esto con el bien común.

Dos premisas se destacan en la propuesta ética-política de Aristóteles: la primera, la ética se la define desde una trilogía de interrelación, como comportamiento práctico, costumbre y carácter; la segunda, la representación que debemos hacernos de estar en el mundo, de estar mejor en él, sólo se adquiere aprendiéndolas en las acciones prudentes de los hombres. La excelencia de ciudadano se cultiva en la deliberación de un fin: la preocupación por el cuidado de sí a través de las buenas acciones, elegidas a través de la razón. Reflexionar en torno a esta preocupación desde un proyecto de educación, empieza a reconocerse el valor de la razón como productora de salud, de una salud que busca el cuidado de sí, es decir, una razón que permite el desencadenamiento de una creación de valores y de símbolos que supera los individualismos en la articulación de singularidades en un todo colectivo que dialoga y se complementa desde la diferencia y la diversidad para alcanzar un bien común.

La prudencia política será, entonces, una carga valorativa ética insustituible al convertirse en un modelo de vida cuyo fin será la búsqueda y la realización constante del sentido de dignidad humana. Lo que implica fortalecer la función ética de las instituciones, como la escuela, la

familia, los medios de comunicación y organizaciones civiles. Y se trata de un fortalecimiento que supere los referentes que se tiene como ideales de vida, de normas, que se han adoptado, aprendidos y asumidos como principios de papel o en abstractos.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles. (2000). *Ética Nicomáquea*. Traducido por Julio Pallí Bonet. Madrid: Biblioteca Clásica Gredos. Recuperado de http://www.posgrado.unam.mx/filosofia/pdfs/Aristoteles_Etica-a-Nicomaco-Etica-Eudemia-Gredos.pdf
- Aristóteles. (1998). *Política*. Traducido por Manuel García Valdés. Madrid: Gredos. Recuperado de [http://www.bcnbib.gov.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20\(Gredos\).pdf](http://www.bcnbib.gov.ar/uploads/ARISTOTELES,%20Politica%20(Gredos).pdf)
- Conderana, J. (2002). *El conocimiento de los principios prácticos en Aristóteles*. Salamanca: Universidad Pontificia.
- Guariglia, O. (1997). *La ética en Aristóteles o la moral de la virtud*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Ryan, E. (1969). *La noción del bien en Aristóteles*. México: UNAM. Instituto de Investigaciones Filosóficas
- Sánchez -Tapia, María Guadalupe. (2015). *La prudencia como sabiduría práctica bajo la perspectiva de Paul Ricoeur*. La Colmena, núm. 85, enero-marzo, 2015, pp. 55-67
México: Universidad Autónoma del Estado de México Toluca. Recuperado de <https://www.redalyc.org/pdf/4463/446344305006.pdf>
- Zagal, H & Aguilar, S. (1996). *Límites de la argumentación ética en Aristóteles*. México: Publicaciones Cruz.